



ISMAEL FERNÁNDEZ DE LA CUESTA

*Musicólogo y director*

# José Peñín

## Semblanza póstuma

### *corpore insepulto*

---

*A la familia del Maestro José Peñín.*

*A todos sus amigos, compañeros, alumnos y conocidos*

---

La noticia de la muerte del Maestro José Peñín, esperada de un momento a otro, la he recibido al bajar del avión en el aeropuerto de Houston (TX). He llegado aquí para ensayar con el Coro de la Catedral de San Luis de Nueva Orleans (Luisiana) el concierto conmemorativo de la catástrofe del huracán Katrina que destruyó la ciudad y produjo la muerte de 1836 personas hace tres años. Mientras el maestro yace *corpore insepulto*, hago llegar a la familia y a mis amigos a través de estas líneas mi hondo sentimiento de pesar. La coincidencia del aniversario del Katrina con el fallecimiento de mi amigo José Peñín me produce en el sentimiento una intensidad inenarrable, que será más fuerte aún cuando tenga que dirigir el concierto. No cantaremos una Misa de Requiem, sino las piezas gregorianas del común de santos confesores, y sonará tembloroso el órgano alternante con las exquisitas variaciones sobre el canto llano de la *Messe à l'usage ordinaire des paroisses* del gran compositor francés del siglo XVIII François Couperin. En el aire de la ciudad maltrecha los sonidos místicos de la catedral se mezclarán con la nostalgia mágica y vibrante del Jazz del Preservation Hall o de los cafetines de la Bourbon Street. Gregoriano y Jazz se encontrarán en el inevitable punto de convergencia que es la música en estado puro para implorar respeto y amor a la naturaleza, y a los hombres y mujeres que ya no están, para mantener viva la tradición española y francesa, para recordar al entrañable Louis Armstrong que dejó en esta ciudad el esplendor de su trompeta y el desgarro luminoso y lacerante de su voz, pero también y sobre todo para recordar y llorar a nuestro querido amigo el Maestro José Peñín.

No por esperado desde hacía semanas ha sido menos doloroso el fallecimiento, en el día de ayer, del Maestro José Peñín (14 octubre 1942-14 de agosto 2008). Cuando para celebrar su 65 cumpleaños un grupo de

amigos del CEDIAM y de la Sociedad Venezolana de Musicología tomamos la iniciativa de dedicarle un homenaje en forma de *Festschrift*, ya conocíamos que la enfermedad que acababan de diagnosticarle los médicos se iba a enseñorear cruelmente de su vida en un tiempo no demasiado largo. Pensamos, sin embargo, que las nuevas tecnologías terapéuticas iban a darnos tiempo suficiente para que el Maestro conociera el testimonio de sus amigos y colegas sobre su personalidad humana y profesional, como esposo y padre de familia, amigo de los amigos, educador, investigador, musicólogo y también —he de decirlo con emocionada añoranza— creador del paraíso de libertad, de amor, de pasión telúrica, de sosiego monacal (en franca competencia con las de los viejos monjes del Bierzo, su tierra natal) que era su finca de San Casimiro.

Mi reacción ante la esperada noticia de la muerte de José Peñín ha tenido dos frentes. El primero ha sido el de protesta por su abandono, la misma que elevaron los discípulos del bienaventurado San Martín cuando estaba a punto de morir, como canta la antífona de Vísperas de su Fiesta: *Cur nos Pater deseris, aut cui nos desolatos relinquis* ('por qué nos abandonas, maestro, y a quién nos confías tan solos como quedamos'). No siento sólo la terrible fractura que su muerte produce en el seno de su familia y de sus amigos, sino también el abandono del eminente lugar propio, ocupado con bastante soledad al principio de alcanzarlo, en el campo de la música Iberoamericana para su recuperación, su defensa, su difusión. El Maestro Peñín ha luchado denodadamente (con las fuerzas suplementarias que le proporcionaba la austeridad, la disciplina y la natural inteligencia de ser un hombre del Bierzo) para romper las barreras del canon impuesto por los intereses de los canales mediáticos de la comunicación audiovisual, de las grandes editoras, de las agencias de conciertos, etc.

La segunda reacción ha sido de consuelo y de gratitud. Puesto que la vida sigue, ésta ya no va a ser la misma, sin duda, en el terreno humano y profesional, para sus familiares y amigos. Pero el Maestro Peñín deja una herencia de enorme peso. Aquí también me viene al pensamiento y a los labios un texto del Apocalipsis (14,13) que muchas veces he cantado: "Oí una voz que desde el cielo me decía esto: escribe, 'dichosos los que han muerto en paz, ya es hora de que descansen de sus trabajos, sus obras siguen, no perecen'". *Audivi vocem de caelo dicentem mihi: scribe, beati mortui qui in Domino moriuntur, amodo iam dicit Spiritus ut requiescant a laboribus suis opera enim illorum sequuntur illos*. Las obras del Maestro Peñín se han quedado con nosotros, no se han ido del todo con él.

Una parte de su herencia es relativamente fácil de identificar, aunque difícilmente abarcable. Son sus escritos, sus investigaciones. Con ellos se ha abierto notablemente el abanico de conocimientos sobre la música

Iberoamericana, particularmente de Venezuela. El último de ellos publicado, que desgraciadamente no ha podido ver impreso, es el que con inmensa generosidad me dedicó: “Relación entre texto y música: el acento como razón de ser” (*Concordis Modulationis Ordo Ismael Fernández de la Cuesta in Honorem. II. Inter-American Music Review*, XVIII, Summer, 2008, pp. 437-449). La entrada que le dedica su amigo, también fallecido, Walter Guido en el *Diccionario de la Música Española e Hispanoamericana* (vol. 8, Madrid, 2001, pp. 594-595) dibuja un perfil cabal del musicólogo, organista y compositor. Allí puede seguirse la andadura de su actividad docente, creativa, investigadora, y la lista de sus escritos. No es cuestión aquí de enumerarlos. Entre éstos queda por reseñar, obviamente, la pléyade de notables artículos de pensamiento, de crítica y de política musical publicados en los diarios venezolanos, especialmente en *El Nacional*. De toda su producción literaria musical me quedo especialmente con dos de sus libros cuya lectura recomiendo encarecidamente, porque tienen un calado muy hondo. Uno de ellos es su *Nacionalismo Musical en Venezuela* (Caracas, Fundación Vicente Emilio Sojo, Cuadernos de Musicología, nº 4, 1999), obra indispensable para conocer qué fuerzas y corrientes actuaron en el nacimiento e implantación del pensamiento musical nacionalista en América (y también en Europa). Meses antes de que terminara de redactar el libro me daba a conocer los sólidos argumentos en que se basaba su investigación mientras paseábamos con la familia por los tupidos pinares de Neila, mi lugar natal. Sobre esta luminosa obra, cuando apareció, tuve el honor de disertar en *Saber Leer* (Revista Crítica de Libros de la Fundación Juan March, Madrid, 2001). El otro libro que recomiendo muy de veras es el más reciente *Ángel Sauce, una vida para la música* (Caracas, 2006). En él no sólo se rehabilita la figura del gran maestro caraqueño (1911-1995) como compositor, director de coro y de orquesta, sino como decisivo impulsor y dinamizador de la educación musical que ha hecho de Venezuela el país con una vida musical sin parangón en el mundo. Fue él quien recibió generosamente en Caracas, en su entorno familiar, a José Antonio Abreu doctor en economía petrolera llegado de Barquisimeto, y quien en esta ciudad le abrió las puertas de los círculos musicales. José Peñín nos relata pormenorizadamente los hechos que nunca han sido oficialmente aceptados: cómo fue el Maestro Sauce, junto con el referido doctor y con la aportación decisiva del abogado y eximio arpista Fernando F. Guerrero Briceño, el verdadero creador del sistema de orquestas infantiles y juveniles de Venezuela que tanto éxito han tenido posteriormente y tienen hoy en el mundo entero (*Ibid.*, pp. 167-200).

Una segunda parte de su herencia reconocible, difícil de precisar y aislar, son sus trascendentes y decisivas aportaciones intangibles como

impulsor del trabajo riguroso en el campo de la musicología y de la educación musical. ¡Cuántos alumnos, cuántos colegas han emprendido o culminado sus carreras, sus trabajos, sus investigaciones con el aliento, el apoyo, la luz proyectada por el Maestro Peñín! Mi seguimiento de esta influencia oculta y denodada se remonta, según recuerdo, a 1983, cuando el entonces director de la *Revista de Musicología*, Dionisio Preciado, me dio a leer su trabajo sobre la ópera, primera venezolana, de José María Osorio, publicado al año siguiente (en vol. 7 de la citada revista, 1984, pp. 445-450) como adelanto de su libro *José María Osorio, autor de la primera ópera venezolana* (Caracas, 1985). Siendo Presidente de la Sociedad Española de Musicología, recibí de él un eficaz e irrestible apoyo para que esta institución musicológica, todavía joven, abriera sus puertas a la música Iberoamericana y a sus investigadores del Nuevo Continente. A este impulso se debe el que el XV Congreso de la Sociedad Internacional de Musicología (IMS-SIM), celebrado en Madrid en abril de 1992, aceptara la presencia de investigadores latinos. No hablaré del *Diccionario de la Música Española e Hispanoamericana*, de la virtud dinamizadora que ha tenido en la musicología Iberoamericana después de que el Maestro Peñín, una vez que me tuvo como aliado, convenciera a los Profesores Emilio Casares y Padre José López Calo de la necesidad de abrir este proyecto enciclopédico a la América hispánica. Directamente unidos a su magisterio están los becarios de la Fundación Carolina que de manera significativa y brillante participan sucesivamente en el *Curso de Musicología para la Protección y Difusión del Patrimonio Musical Iberoamericano*, promovido por la Cátedra Robert Stevenson del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid y por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Pero la parte más inmaterial, más sutil y, sin duda para mí, más importante de su herencia es su espíritu. Detrás de su febril y múltiple actividad como padre, como amigo, como musicólogo, había un poso interior, una intención, una filosofía de la vida. Muchas veces me hablaba de sus años de infancia en La Bañeza con sus padres en la sufrida posguerra civil española, donde la austeridad y la penuria eran compatibles con la felicidad de una vida inserta en una sociedad de valores originales y auténticos, en una naturaleza profunda tan variable por las temperaturas extremas como diferente por la extraordinaria policromía estacional. Muchas veces hemos conversado sobre las experiencias gemelas de nuestra juventud: él, en el seminario de los Padres Agustinos del Monasterio de Nuestra Señora de la Vid, yo, por los mismos años, en el Monasterio de Santo Domingo de Silos, separados ambos tan sólo por el macizo de Cervera y el desfiladero de la Yecla, a orillas del río Duero en la provincia de Burgos.

Pero donde se me representa de forma más vívida su espíritu es en la pulsión que, después de cruzar el océano y de una episódica pero decisiva estancia en Buenos Aires, le llevó a recorrer los Andes y el Altiplano Americano buscando en la música las raíces de sus pueblos. Allí es donde encontró también su propia raíz, la de su familia, y sobre todo descubrió a su esposa Beatriz, sólido pedestal de su vida personal y profesional.

Finalmente, el eje vital del Maestro Peñín que en Caracas se extendía desde el poliédrico Hemisferio Musical en el centro neurálgico de Sabana Grande hasta la Universidad Central, del Conservatorio de Música Juan José Landaeta a la Fundación Vicente Emilio Sojo, de la misma ciudad de Caracas y de su residencia de Baruta a su finca de San Casimiro, de Venezuela a España, de la La Bañeza a La Vid, sólo pudo construirse con una reciedumbre, con una inteligencia y con una finura espiritual fuera de lo común.

ISMAEL FERNÁNDEZ DE LA CUESTA

*Houston (Texas) 15 de agosto de 2008*